

El próximo miércoles, 13 de junio, se cumplen cien años de la muerte de uno de los grandes maestros de la literatura del siglo XIX: Leopoldo Alas. Carolyn Richmond, especialista en «Clarín» que ha recopilado recientemente sus *Cuentos completos* para Alfaguara, evoca la formación internacional del autor de *La Regenta* y la proyección de su obra en el extranjero

«Clarín» ante los Pirineos: el horizonte internacional

CAROLYN RICHMOND

CONOCIDÍSIMO es el dicho «Europa termina en los Pirineos» (otra versión de ese dicho pretende que África comienza en esa cordillera), con lo cual quedaría España excluida del continente que se consideraba en el siglo XIX centro de la civilización occidental, y vagamente asociada con las tierras y culturas exóticas que en aquellos días exaltaba el romanticismo —piénsese, por ejemplo, en los cuadros de Delacroix— y descrita entonces por viajeros europeos como un país extraño y pintoresco. Estamos, pues, ante una temprana manifestación de la consabida visión de España como *diferente*, asumida a su vez hasta hace bastante poco por gran parte de los españoles mismos, con la excepción quizá de ciertos grupos intelectuales de los años 1920: una especie de mezcla de evocación nostálgica, no sólo del pasado sino de un pasado imaginario, desde el medieval hasta los siglos de oro, teñida de coloridos elementos folclóricos aportados por el costumbrismo regional; una España cuyo símbolo en el siglo XIX podría muy bien ser la *Carmen* de Mérimée, llevada después a la ópera por Bizet, para descender en épocas más recientes a la bella bailaora que engalana las envolturas de los jabones Maja.

La España donde, en 1852, nació Leopoldo Alas; donde, durante un cuarto de siglo largo hasta su muerte, publicaría en la Prensa del día bajo el pseudónimo de «Clarín» artículos de crítica social y literaria de gran autoridad e influencia junto con más de un centenar de cuentos y novelas cortas de gran calidad literaria; y donde publicaría, además de recopilaciones de escritos suyos de crítica y de ficción, dos magníficas novelas largas —*La Regenta* (1884-1885) y *Su único hijo* (1891)—, comparables (como lo serían también las *novelas contemporáneas* de Galdós) con las que aparecían en aquella «Europa», y superiores en calidad a muchas de éstas; esa España, digo, que había sufrido una serie de guerras internas, tanto en la península como en ultramar, que pasó por una república y, a partir de 1874, vivió la Restauración de la monarquía borbónica, era en efecto todavía un país tremendamente pobre y atrasado, bajo una poderosa Iglesia, con un sistema político liberal basado en el caciquismo rural, y con una burguesía que luchaba por salir adelante y prosperar, pero una España que también contaba con filósofos y educadores representantes de un espíritu liberal —los krausistas—, afanados en llevar al país hasta los umbrales de la modernidad. En tales circunstancias Leopoldo Alas, primero de estudiante y joven periodista en la *Corte*, luego catedrático y escritor en la *Aldea* (si nos permitimos llamar así a la provincia), emprendería un solitario diálogo —sordo, unilateral— con los grandes

creadores y pensadores, tanto del pasado como de la actualidad suya, del otro lado de los Pirineos, convirtiéndose así en el escritor español de más formación internacional de su época.



Leopoldo Alas, «Clarín»

De esto —tanto de la formación internacional del escritor como de la proyección alcanzada en el extranjero por su obra— me ocuparé en los siguientes apartados del presente artículo.

El «provinciano universal»
Así denominaría acertadamente a «Clarín» en 1936 su primer biógrafo, Juan Antonio Cabezas, calificación que alude claramente no sólo a las raíces asturianas del autor sino también a la atmósfera apenas cosmopolita en que, como catedrático de derecho ro-

mano de la Universidad de Oviedo, le tocaría a Alas moverse a partir de 1883. Desde su rincón asturiano, y entre sus actividades docentes y literarias, seguiría sus lecturas voraces de autores españoles y extranjeros, que se extendían desde los clásicos hasta autores contemporáneos: lecturas cuyas huellas pueden rastrearse no sólo en su extensa labor crítica, sino también, de modo integrador, a través de su obra narrativa. Para este hombre tímido, irascible y enfermizo, poseedor de una vasta formación cultural, la literatura llegaría a ser una especie de extensión y sublimación de su vida misma.

Entre los autores europeos tenía sus preferidos (Shakespeare, Goethe, Leopardi...), pero ante todo los poetas y narradores franceses del siglo XIX, pues para él, como para la mayor parte de sus coetáneos, Francia encarnaba en aquella época lo europeo, lo cual para un español significaba también lo superior. Pese a la imagen de confianza en sí mismo que proyectaba en sus escritos, «Clarín» tenía en efecto —como casi todos los españoles de aquel entonces— bastante de provinciano, característica que, frente a lo francés, implicaría una cierta inseguridad. Por ejemplo, cuando el acerbo crítico puertorriqueño Luis Bonafoux le acusara de haber plagiado a la *Madame Bovary* de Flaubert, reaccionaría Alas de modo excesivo en la primera parte del *Folleto Literario IV*, titulada *Mis plagios* (1888), mediante una autodefensa que, por muy sarcástico que sea su tono, resulta ser sin embargo, desde la perspectiva de hoy, un poco triste, ya que todo se reduce a poner de relieve que determinados personajes o escenas habían sido tomados de la realidad inmediata...

«Clarín» visto desde fuera

Triste también, aunque por razones totalmente distintas, ha sido desde el apogeo de Alas como escritor hasta el día de hoy la acogida internacional por parte del público lector no hispanohablante de la obra de esta figura literaria de estatura tan indudablemente universal. Traducciones ha habido en las décadas de 1980 y 1990, sobre todo de *La Regenta* (al alemán, chino, finlandés, francés, griego, holandés, inglés, italiano, japonés, no-

«ENTRE los autores europeos tenía sus preferidos (Shakespeare, Goethe), pero ante todo los poetas y narradores franceses del XIX»

ruego, polaco, portugués, rumano —la primera— y sueco), pero no por ello se ha convertido Leopoldo Alas en una figura familiar, ni siquiera, fuera del ámbito de los estudios universitarios de literatura española —donde se le lee en el original—, en un autor incluido en el canon...

En realidad, lo ocurrido en el caso de «Clarín» no varía de lo corriente en cuanto a la proyección internacional de la literatura española en general desde comienzos del siglo XIX hasta años muy recientes, cuando sí ha mejorado ya bastante —en la Comunidad Europea sobre todo— la divulgación mediante traducciones de novelistas contemporáneos: ni en la opinión allende los Pirineos, ni tampoco en la interna había logrado librarse antes España de su imagen de *diferente*. Que perdurara a lo largo del siglo XIX aquella idea romántica de una España pintoresca se entiende, pero que siguiera hasta hace apenas unas cuantas décadas sólo se explica por los acontecimientos históricos vividos por este país.

Capítulo aparte merecería la extraordinaria labor llevada a cabo en el extranjero desde mediados del siglo veinte por el *hispanismo*, curiosísima dedicación al estudio de todo lo hispánico cuyas raíces se remontan a la antes referida imagen romántica de España. Desde el año 1952, centenario del nacimiento del autor, hasta el presente vienen publicando investigadores de una amplia extensión internacional ediciones y estudios clarinianos que constituyen una aportación fundamental para la comprensión e interpretación de nuestro autor. Gracias a ellos, así como al cambio de la visión que el mundo tiene de España desde el inicio de la democracia, se va despejando el horizonte internacional, y con ello, ojalá que se abra también en el exterior este horizonte para la figura de Leopoldo Alas, «Clarín». ♦